

## Memoria de Curro Inza

Luis Tena

*El arquitecto Francisco de Inza falleció en Mahón en Agosto de 1976, a los 47 años. Los últimos ocho los pasó en Pamplona, dedicando una gran parte de sus energías a la enseñanza. De su dedicación guardamos un recuerdo imborrable todos los que estuvimos cerca de él, en aquel breve pero intenso periodo, como alumnos o como colaboradores próximos en la escuela paralela y abierta que congregó en su estudio profesional (1).*

Curro Inza se había trasladado, con "todo a cuestras", familia y estudio, a la capital navarra desde Madrid, donde residía, el año 1968, con un contrato de cinco años a enseñar proyectos en la joven Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra. En esta decisión, difícil de entender y calificada por algunos como "exilio voluntario" (2), influyeron el Arquitecto César Ortiz-Echagüe, miembro del Opus Dei, entidad titular de la Universidad y sobre todo Heliodoro Dols, compañero de promoción; y con el que había colaborado en la Fábrica de chorizos de Postigo en Segovia en los años 1963-66, obra singular y emblemática, cuya amplia difusión le había reportado un indudable reconocimiento.

Admitiendo la clasificación al uso que contempla una escena madrileña de posguerra en la que estarían presentes como protagonistas tres generaciones de arquitectos con sus elementos intermedios, Curro Inza pertenecería a la "tercera generación".

En dicha escena, existiría una presencia implícita, discutible y discutida, de los racionalistas de antes de la guerra en la memoria: Lacasa, Bergamín y Sánchez Arcas. Como magistrales nexos desde la docencia influirían M. López Otero y Luis Moya. La primera generación de arquitectos se forjaría en principio en ámbitos del sistema autocrático, como el Instituto Nacional de Colonización y La Obra Sindical del Hogar. La caracterización ideológica, relativamente templada, de estas entidades les permitiría desarrollar un trabajo profesional riguroso y no excesivamente lastrado por restricciones políticas. Esta generación la constituirían Aburto, Cabrero, Codersch, Fernández de Amo, Fisac y De la Sota. Sáenz de Oiza aparecería como figura intermedia. La segunda generación sería la de la plena incorporación a los postulados de una posible "arquitectura moderna" española, de la que formaban parte: Carvajal, García de Paredes, Corrales y Molezún, abriendo caminos internacionales. Y por fin la tercera, que debería ser la de la plenitud: Fernández Alba, Inza, Higuera, Miró, Moneo y Fullaondo.

Un reflejo de la coexistencia de las tres generaciones, y del peso específico de los miembros de cada una de ellas durante este tiempo (1950-70), se podría captar si se analiza la significativa lista de los invitados al Homenaje a Carlos de Miguel, que Fullaondo organiza y al que dedica un número de su revista Nueva Forma (nº 35, Junio 1970) (3) con un resumen de proyectos de los arquitectos allí presentes, en un simbólico cambio de testigo entre directores de revistas, una colegial, Arquitectura, casi cumplido su papel aglutinador, y la otra que pretendía ser a partir de entonces, financiada por el mecenas Huarte, el órgano intelectual y referente de la cultura arquitectónica, aventura que duraría hasta su abrupto final en el año 1975.

El devenir de esta escena madrileña en los años posteriores deberá ser objeto de un análisis riguroso que ponga a cada protagonista en el lugar que le corresponda y de cuya suerte se podrán extraer interesantes conclusiones.

Una lectura simplificada y habitual en la crítica internacional (4) presenta a la dualidad Alejandro de la Sota-Sáenz de Oiza como referencias únicas de todo este período en realidad mucho más complejo, debido quizás a los éxitos y a la notable influencia de sus discípulos y epígonos, si así fuese lícito calificar a los que por ellos se reconocen influidos, clasificación que incluiría desde los Navarro Baldeweg, López Coteló y Puente, Bayón, en Madrid, y Llinás, Piñón

y Viaplana en Barcelona por el maestro gallego y Moneo como el más relevante continuador de su paisano navarro.

De todos modos, en este momento se puede afirmar que los años "prodigiosos" de la arquitectura española, coincidentes con la transición política, del 75 al "fastuoso" 92, en la que ha recibido unánime reconocimiento internacional, han sido muy duros por diversas causas, para casi todos los componentes de esta "tercera generación".

Con Fernández Alba, titulado en el 57 como precursor próximo y con Moneo y Fullaondo que finalizaron su carrera en el 61, como jóvenes adscritos, su núcleo formador sería la promoción CX, de 1959 de la Escuela de Arquitectura de Madrid. A esta sobresaliente promoción pertenecía Curro Inza, en la que se tituló a la edad, quizás tardía pero habitual en la época, de treinta años. Con él acabaron también la carrera, entre otros tantos notables: Javier M. Feduchi, Fernando Higuera, Juan Ignacio Gefaell, Eduardo Mangada, Miguel de Oriol, Luis Peña Ganchegui...

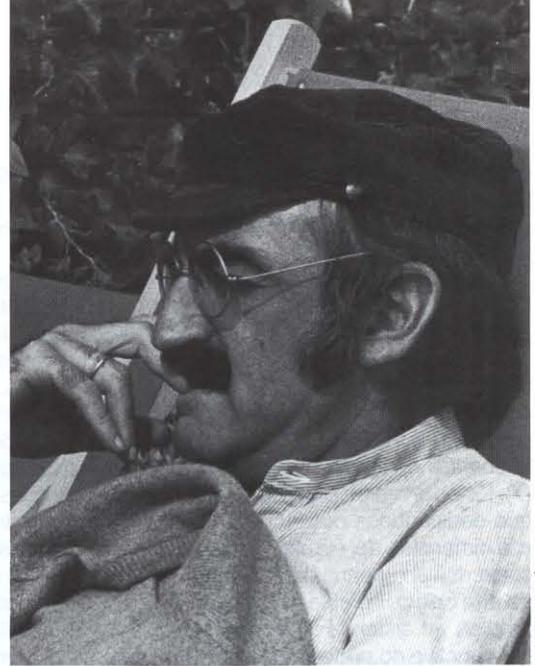
Carlos de Miguel, que como veremos será fundamental en la carrera de Inza, los calificaría de "promoción célebre", aficionados ya desde la carrera a los "saltos al vacío". Pone como ejemplo para ello la durísima actitud crítica que mantuvieron entre ellos en los años de la escuela y en el carácter brillante y algo "demencial" (5) de sus escasas obras.

El largo período de estudios de arquitectura de Inza, que inició sus intentos de ingreso en la escuela con diecisiete años, en Madrid, trasladándose posteriormente a Barcelona, le permitió una intensa formación alternativa de raíces humanísticas, literarias y plásticas que constituirá una de las facetas de su actividad posterior más sugerentes. Realizó estudios de Filosofía y Letras, dibujo y pintura mural en Bellas Artes, escribió poesía y cuentos, llegando a publicar uno titulado "Martín Corcuera" en "El Correo Literario" de julio de 1954.

Su confianza y soltura en la expresión escrita le llevó a presentar un poema como memoria del proyecto fin de carrera de arquitectura, "Capilla funeraria en un cementerio militar", aprobado por el Profesor Pascual Bravo.

Durante estos primeros años, pintó numerosos murales con motivos religiosos, en capillas de poblados de colonización e iglesias de saltos de agua, (destacando la realizada en la del salto de Torrejón de Miguel de Oriol) y profanos, en portales de viviendas, finalizando en 1967 con la realización de un mural en las oficinas de la Fábrica de Segovia (6).

Carlos de Miguel venía dirigiendo desde 1948 la revista Arquitectura (Hasta el año 1958 con la cabecera Revista Nacional de Arquitectura) y había publicado, con una memorable introducción de Alejandro de la Sota, los proyectos fin de carrera de la promoción CX, en el número de Septiembre de 1959 de la revista. En el siguiente número, en un artículo sobre las cáscaras estructurales de Félix Candela, aparecía ya la opinión de Inza al respecto. Es a partir de entonces cuando se incorpora a la redacción de la revista colegial (Febrero de 1960) en la que sucede como secretario a Antonio Fernández Alba. (Con el que colaboraría en un concurso para un centro parroquial en Cuenca). Permanecerá como secretario hasta su marcha a Pamplona, contribuyendo durante esta compleja década de los sesenta a la ingente labor de difusión y amalgamamiento de la cultura arquitectónica nacional que llevará a cabo en circunstancias nada fáciles Carlos de Miguel. Inza dejará escritas gran cantidad de colaboraciones sobre los más diversos temas, intervenciones en sesiones de crítica y será



FERNANDO REDÓN

Arriba, retrato de Curro Inza. A la izquierda, restaurante del Café Gijón. Abajo, vistas del exterior y la cubierta de la fábrica de chorizos en Segovia, proyectada junto a Heliodoro Dols.



FOTOS GÓMEZ



FOTOS GÓMEZ

objeto de una entrevista de Carmen Castro que acompaña la publicación de seis obras suyas (Arquitectura nº 153-septiembre de 1971), a la que posteriormente nos referiremos ya que resulta esclarecedora para entender las claves de su práctica.

En este Madrid de los inicios de la década de los sesenta, bajo la tutela de Carlos de Miguel y en el relativamente cosmopolita y pluridisciplinar entorno de la revista, encontrará Inza un ambiente propicio para iniciar su práctica profesional, con encargos resultado de relaciones personales que sabrá forjar como pocos, dado su carácter acusadamente "empático", que convertía a sus clientes en cómplices, partidarios incondicionales y reincidentes. Este rasgo de su figura a veces le costará desencuentros sonoros con otras fuertes personalidades (7). Estos primeros proyectos serán pequeños locales comerciales a los que dedicándose con la intensidad y el esfuerzo, desproporcionados a la dimensión del encargo, que serán característicos de su trayectoria, convertirá en oportunidades de gran obra. Entre ellos destaca la Galería de arte Sacro "Templo y Altar" del año 1961, pequeño sótano en el que emplea un sistema de bóvedas tabicadas de rasilla, todo un alarde constructivo no pretendido, quizás influido por la proximidad de un Luis Moya, al que frecuentaría en la revista de la que era su redactor Jefe. Construye a continuación la primera de la serie de tiendas que para Tapicerías Gancedo realizaría en toda España y sobre todo en el año siguiente el restaurante en el sótano del Café Gijón.

Esta obra, que acometerá con 33 años, a todas luces joven, ilustrará como pocas el carácter del método proyectual de Curro Inza, y cómo una ocasión como ésta, constituida básicamente por la disposición de un revestimiento continuo en un sótano abovedado, se convierte para él en una demostración de madurez y contención expresiva. Vendrá después su obra más importante por dimensión y trascendencia: la fábrica de embutidos de Segovia, cuyo primer proyecto elabora Heliodoro Dols y que Inza modificará definitivamente y dirigirá entre los años 1963 y 1966. Su seguimiento continuo a pie de obra, sobre un proyecto, como casi todos los suyos bastante aproximativo, le ocupará obsesivamente este tiempo, compaginado con nuevas instalaciones para la firma Tapicerías Gancedo, repartidas por toda la península, un pequeño restaurante-marisquería (Libanio's), al que las instalaciones, eléctricas y de acondicionamiento de aire vistas, le confería un aspecto de tecnología sinceramente "naval" y un chalet en las proximidades de Madrid.

La singularidad y calidad de estas obras, sobre todo el Café Gijón y la sorprendente fábrica de Segovia, publicada internacionalmente, le sitúa en una posición relevante dentro del panorama arquitectónico del momento. Por eso su traslado en 1968 a la "provincia", en un camino inverso al habitual, que supondría la presencia en el centro como garantía de consagración, causa una relativa sorpresa en sus círculos próximos. (8)

En Pamplona, Curro Inza se dedicará con gran intensidad a la enseñanza de proyectos en la escuela de arquitectura, de la que fue un revulsivo, al principio como profesor en cuarto curso (Proyectos II) y a partir del año 71-72 en segundo curso (Elementos de Composición). Con los alumnos establecía una relación muy estrecha, que iba más allá de lo puramente académico, transmitiendo entusiasmo y afición por el oficio de la arquitectura. Su programa era muy personal; no estaba basado en clases "magistrales", sino en un proceso de "acompañamiento" casi "socrático", un diálogo individualizado y exigente, enfocado a la resolución eficaz de problemas de diseño. Temas simples, en origen, que paulatinamente iba complicando, funcional y constructivamente. Sus cualidades docentes estaban más próximas a las del "maestro" que, estimulando la autoestima del "aprendiz", despierta su voluntad de emulación, que a las del "catedrático" que suministra un gran caudal de conocimientos.

En un despacho acondicionado al principio en su casa, y al cabo de unos años en su nuevo estudio anexo, contando con la colaboración de ex alumnos, que siempre estaba dispuesto a recibir, sin ningún tipo de selección previa, Curro Inza continuará con su actividad profesional. Su producción estos años (1970-76) de Pamplona no fue numerosa, destacando un complejo hotelero en Alfaro, construcción de ladrillo, técnica en la que tras la experiencia segoviana será virtuoso, diversos locales en Bilbao, en su centro urbano y alrededores, algunos

desgraciadamente desaparecidos, como Tapicerías Gancedo en la Gran Vía o Vellido en el Centro Comercial Zabálburu, una vivienda en Calamocha (Teruel) y las fábricas de Mapsa y Pivana en Pamplona. Cerca de Bilbao, en Las Arenas, se puede todavía admirar el talento de Inza en el delicado ensamblaje de la carpintería de la fachada de la tienda de confecciones Alguer.

El "Estudio de Curro" de Pamplona pronto se convirtió en una especie de "escuela paralela", un lugar de trabajo y encuentros distendido y entusiasta en el que forjaron sus primeras armas un amplio grupo de arquitectos, que el director de la Escuela en los años siguientes a su desaparición, Leopoldo Gil Nebot, fue incorporando paulatinamente al claustro docente oficial. La presencia física de Inza en la escuela fue por desgracia breve, pero su influencia, la real y la diferida a través de los que con él se formaron en su estudio, marcó claramente una época. La plena incorporación de Javier Carvajal a la enseñanza de proyectos a finales de los años setenta inauguró una nueva, dando a la escuela de Pamplona un renovado carácter e impulso que todavía permanece.

Para conocer mejor la obra de Inza (9), además de admirar de nuevo las espléndidas fotografías de "época" de Francisco Muñoz de la fábrica segoviana, y las actuales de aquellos aspectos originales del sótano del Gijón que se han podido preservar, recurriremos a comentar el dibujo que ilustraba la entrevista de Carmen Castro en Arquitectura referida anteriormente. El dibujo de Inza dividido en tres croquis numerados explicaba sintéticamente su modo de hacer. En el primero, la relación entre las dimensiones del espacio ocupado por el usuario en planta y la correspondiente anchura a la altura del apoyo de la mano, en una reelaboración "funcional" de la convención del pasamanos justifica la adopción de una solución propia para las barandillas de las escaleras, que estará "obsesivamente" presente como una "firma" en la mayoría de sus interiores.

La cubierta de Segovia se resume en el segundo croquis con una explicación escrita de su puño y letra que, en su aparente y sugestiva contradicción, aclara el alcance de sus intenciones al adoptar una solución constructiva que caracteriza el proyecto: "La cubierta se resuelve como una terraza plana pero con mucha pendiente. El plano es el mismo con cotas más fuertes". (Subrayado en el original). Esta opción de singular cubierta plana, llevada al extremo incluso en el material de acabado, baldosa hidráulica color castaño "de acera" combinada con la adopción en continuidad de un único material cerámico, el ladrillo, en forma de fábrica maciza en las fachadas y aleros y como revestimiento inferior de rasilla en los vuelos perimetrales, refuerza la imagen del elemento más singular del complejo, la torre de secaderos que emerge sin pretender ocultar su imponente presencia sobre el tapiz artificial del torturado plano de la cubierta de las naves.

El complejo fabril, aparece como una verdadera "atlántida de ladrillo" en la llanura castellana (10), dialogando sin reparos contextualistas con el monumental perfil de la próxima ciudad de Segovia y mostrando la confianza de Inza en la capacidad resolutoria de una arquitectura basada en la adopción rigurosa de unos métodos y soluciones constructivas sencillos y tradicionales, elaborados con una visión personal preñada de voluntad de expresión (11).

En el tercero de los croquis se explica el forrado de madera del Café Gijón. Enuncia una simple "regla de juego": "una veta por una testa", como "hilo de ariadna" que permitirá recorrer el "laberinto" táctil desplegado en techos, paredes y suelo del mágico (muy alterado en la actualidad, pero todavía admirable) sótano madrileño.

Puede parecer simple resumir en un folio toda una trayectoria, a una manera de ver la arquitectura, pero quizás sea en estos sintéticos dibujos de Inza donde se nos aparezca con más fuerza y permanencia. Estos esbozos de una barandilla, de una cubierta y de la regla de un revestimiento reflejan fielmente el "programa" y las intenciones de unos proyectos basados en muy pocas ideas, en algún caso sólo en una (12). Ideas claras, rotundas e inmediatamente reconocibles. Esta única idea que una vez formulada adquiere la condición de necesidad, a la que se ha llegado partiendo de una luminosa intuición a través de un complejo proceso de depuración y ajuste, de confrontación con las convenciones funcionales y constructivas. Idea reconocible en una obra en la que se consigue aquello que todas las grandes arquitecturas persiguen: hacemos sentir, pensar y recordar. ■

